

Vamos al matiné



Cine Hong Kong, ciudad de Limón.

RESUMEN

Ir al cine -o al "teatro"- en la ciudad de Limón era todo un ritual en los años cincuentas y sesentas, con atuendos, comidas y bebidas especiales para la ocasión y luego el romance en el parque. *Alí Babá y los 40 Ladrones*, *El Monstruo de la Laguna Negra*, *King Kong*, *Los Churumbeles de España* y *Daniel Santos*, desfilaron por las pantallas y los escenarios de las salas de cine y hoy son parte de la mitología limonense. Más que la película, el espectáculo era el público: el cine entero festejaba con exclamaciones las peleas o las hazañas de los personajes en la pantalla al mismo tiempo que partía y comía maní. Al final de la proyección, la sala era un campo cubierto por cáscaras de maní. Quienes vivieron esos momentos lamentan hoy la falta de espacios de esparcimiento e intercambio para los más jóvenes...

Palabras claves: Espacios de recreación popular; prácticas o dinámicas de recreación popular; patrimonio intangible; diversidad cultural; cine.

ABSTRACT

Going to the cinema -or to a 'theatre'- in the city of Limon, was a whole ritual in the fifties and sixties, with dressings, special food and beverages for the occasion and after that, the romance in the park. *Ali Baba and the Forty thieves*, *The Monster of the Black Lake*, *King Kong*, *The Naughty Boys of Spain* and *Daniel Santos* made their presence at the white screens and the stages of the cinemas and nowadays form part of the mythology of Limon. More than the film, the public was the spectacle: the whole room celebrated the fights and the heroic deeds of the stars at the screen with exclamations while peeling and eating peanuts. At the end of the show, the room was a space covered with peanut shells. Those who experienced these moments deplore the lack of spaces of entertainment and exchange for the younger people...

Keywords: Spaces of popular recreation; dynamics of popular recreation; oral memory; intangible heritage; cultural diversity; cinemas; matinée.

Gabriela Hernández

Periodista y cineteleasta con especialidad de dirección. Dirige la casa productora Latica de Película S.A. que se dedica a la investigación, realización y difusión de documentales sobre temas de identidad cultural y desarrollo humano.



▲ Prudence Bellamy Richards.

Prudence Bellamy Richards, educadora, poetisa y ministra laica de la iglesia San Marcos. Nació en la ciudad de Limón —donde llaman *lion's den* o “guardia de leones”— el 12 de junio de 1935.

Tenía su ritmo esta tarde domingueña, dentro del Caribe tan lindo. Vestida de tafetán ¿verdad?, de organdí... Así me vestían a mí, ahí en ese teatro tan sucio, porque era un teatro sucio... el Arrasty. No solo yo me vestía así, de tafetán y de organdí, todas las negritas de las iglesias de la ciudad.

Películas a las que mis padres daban el visto bueno eran las de Shirley Temple. O me llevaba mi mamá o me daba permiso para ir con una amiga. Alguien tenía que ir a pedir permiso y responsabilizarse para llevarme.

A la salida del matiné, las que teníamos novio —ya estoy hablando desde los 15 años de edad— íbamos con el novio de la mano hasta el tajamar; y las que no tenían y los que no tenían, las mujeres de un lado y los hombres del otro, para dar cuerda me imagino yo.

Eso era uno de los famosos encuentros dominicales de la juventud limonense. Si no, del cine al *Happy Landing*, a comernos el *patti* con el *double decker sundae*, llamábamos al helado dentro de la Coca Cola, con la pajilla. O si no, a alquilar bicicleta y pedalear hasta el tajamar. Parecíamos palomitas todas sentadas en el tajamar, las muchachas que teníamos pareja.

Hubo una época en la que el cono (helado) estaba de moda; todo el mundo tenía que comprarse un cono. Este tipo de cono se hizo presente en el *Happy Landing*.

Cerca de la boletería vendían mentas, chicles *Adams* y “tapitas”. Después los “copetines” (chocolates rellenos con ron, también conocidos como “guaritos”). ¡Cuando entraron los “copetines” eran la moda que fascinaba!

Hay tres personajes que reinan en la mente de todos los que asistíamos al matiné: *Caballero* para vender el helado; *Caleb*, que era un señor ciego que vendía maní y, después, Mr. Ellis, quien también vendía maní.

Para anunciar las próximas películas que iban a exhibirse proyectaban una parte, antes de la película, a la que le llamábamos “extra”. También pegaban en las paredes, dentro de una urna, fotos de las películas por exhibirse. Los interesados viajábamos hasta las esquinas del mercado y los alrededores del cine Arrasty, que era el más popular en realidad, para ver qué era lo que se iba a dar. Otra cosa que se hacía en las salas de cine, todavía en 1989, eran los actos de clausura de los colegios.

Yo añoro un tipo de sala de cine que sirva para toda clase de actividad cultural y artística. Limón necesita un cinema de ese estilo, para tener una tarde distinta, una noche distinta, no solo para el adulto, para el niño.

Qué bonito sería traer una buena película que no sea de terror, que no sea de violencia, sino una película de la vida cotidiana, que deje moraleja. Invitar a autoridades políticas, las eclesiásticas que quieran asistir, pura vida, una reunión del pueblo en otro ambiente.

Limón merece eso, ¿por qué? Aquí se amamantan cualquier cantidad de culturas y nos gusta entrar en convivencia, no solo cuando nos encontramos

▼ Soda Happy Landing



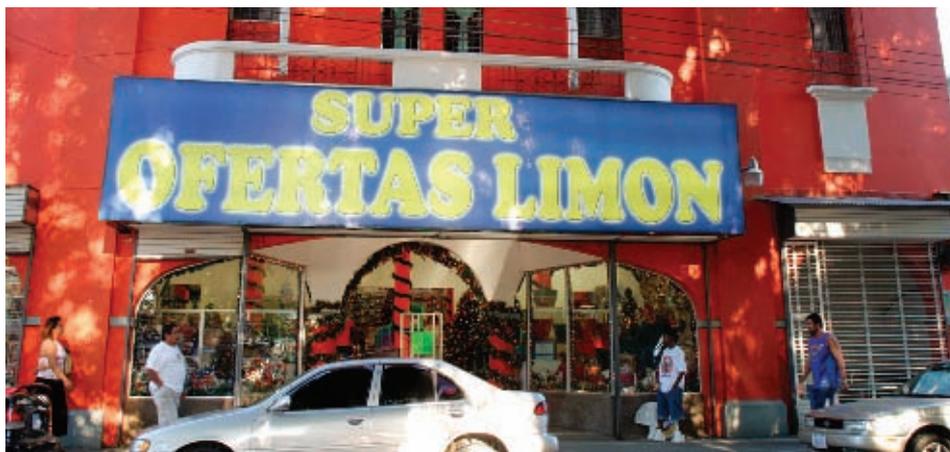
en la calle. Ahí mismo después del cine es bonito, a la salida, los comentarios, si es una película, si es una actividad artística, lo que sea.

Pero en Limón hace falta eso. Es lamentable ver que el museo, en un edificio tan lindo, no lo estemos ocupando. Ponemos en los libros de información turística que hay un museo en Limón y todo el mundo que se baja del barco:

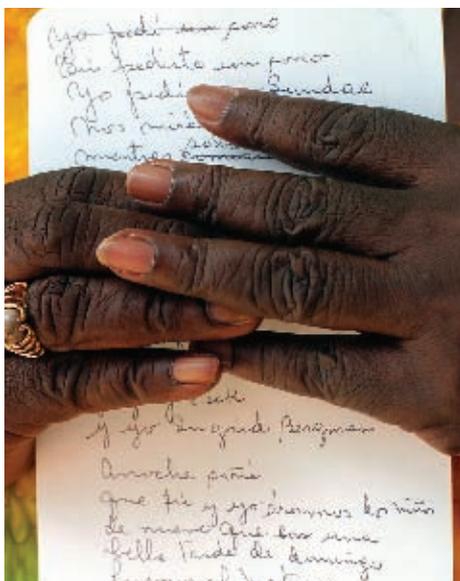
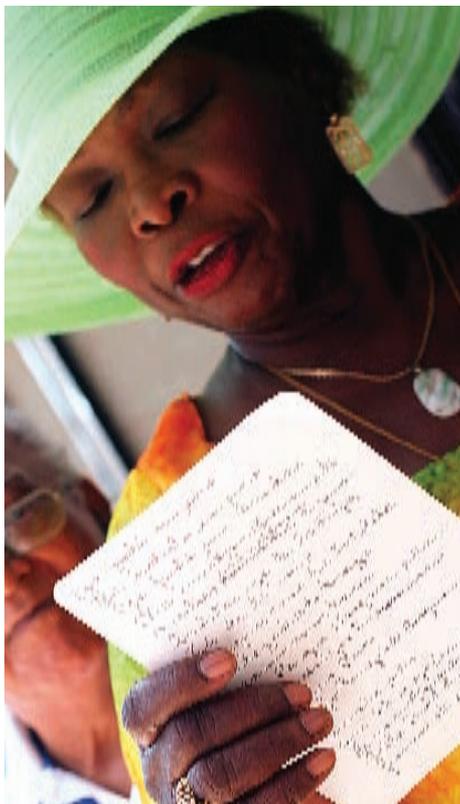
—¿Y dónde queda su museo?

—Ahí, pero cerrado.

Es una provincia excepcional en el nivel nacional, lo que pasa es que aquí estamos como sin pasado, sin historia, cuando es la provincia más rica.



▲ Este era el teatro Acón, hoy es un almacén de ofertas...



▲ Prudence Bellamy Richards

El Poema de Prudence

Anoche soñé

Anoche soñé que tú y yo
éramos niños otra vez
que era una bella tarde dominical limo-
nense
que yo vestía de tafetán azul
y tú un pantalón gabardina
y una camiseta fina.
Nos tomamos de la mano
entramos al teatro Arrasty
abrazados y muy enamorados
vimos una película muy tierna.

Después
de la mano
pasamos al Happy Landing
sonriendo y abrazados
nos sentamos en una mesa.
Tú pediste un cono
yo pedí un sundae
nos mirábamos tiernamente
mientras saboreábamos a probaditas
yo del tuyo, tú del mío.

Después
como dos tortolitos
enlazados de brazos
caminamos hacia el parque Vargas
a soñar
a soñar que tú eras Gregory Peck
y yo Ingrid Bergman.

Anoche soñé
que tú y yo éramos dos niños de nuevo
que en una bella tarde de domingo
fuimos al matiné.

Wálter Goebel Prestinary, médico pediatra, nació en Limón Centro, el 29 de enero de 1940.

Había peleas de boxeo, obras de teatro, espectáculos públicos... Por ejemplo, venía un artista y, entonces, iba al teatro Arrasty.

Pero las películas eran de vaqueros y me acuerdo, por ejemplo, de películas del espacio que si uno las ve ahora, uno dice: "Híjole, qué ridículo"... *Flash Gordon, Tom Mix, Durango Kid, Roy Rogers, Búfalo Bill, Randall Scott...*

Y, entonces, nosotros, cuando terminaba la película nos íbamos, chiquillos, a los patios, a jugar de vaqueros con pistolas de madera. El plástico, en ese entonces, no estaba muy extendido, no había pistolas de plástico sino que casi todos los juguetes eran de madera.

Ese era el matiné realmente, a la una o dos de la tarde, y eran series, esas series continuaban la siguiente semana. Así, íbamos hasta terminar la serie. No se podía perder la secuencia, entonces uno hacía lo imposible por ir a ver en qué terminaba.

Después del cine nos pasábamos al frente, al *Happy Landing*, a comernos un helado "duro"; "duros" porque eran de molde de cubitos de hielo y se les metía un palito. Eran de leche agria...

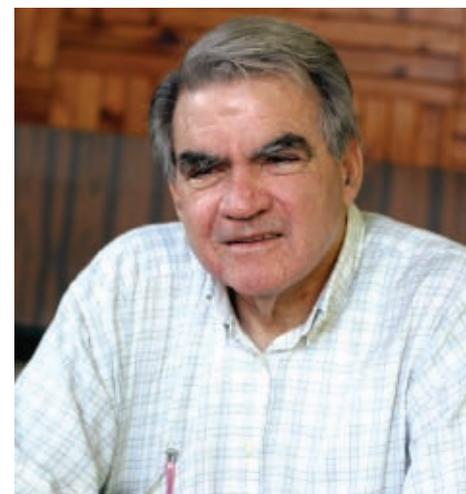
Era muy sano. También hacíamos bromas, como tirar “pedos químicos” o “pica pica” o naranjazos, pero eran cosas de chiquillos...

El Moderno, que era el otro teatro, tenía asientos sin respaldar, uno se sentaba y no se podía recostar y las paredes eran de lata, llenas de huecos, entonces entraban haces de luces cruzados en el día, parecía un juego de luces...

Una anécdota que se demostró es que cuando el hundimiento del San Pablo¹, el 2 de julio de 1942, en ese momento que bombardearon el San Pablo —que era mercante no era de guerra— ningún marino murió, sino que todos estaban en el cine Moderno y en el Arrasty. Dicen que en el Moderno, ya de noche —no era matiné porque era de noche— estaba un grupo viendo una película y en el Arrasty estaban otros. En el Moderno estaban dando *Alí Babá y los 40 ladrones* y en el Arrasty daban *Flash Gordon invade Marte*. Cuando vino el bombazo, la ciudad quedó a oscuras, además de que Limón tenía muy mal sistema eléctrico, se iba la luz a cada rato. Esa es la historia del San Pablo...

Lo que hacíamos nosotros cuando apareció el Acón, ya más grandes, no tan chiquillos, era que una vez que salíamos del Arrasty corríamos al Acón para llegar a tiempo a ver la siguiente película.

El teatro Acón tuvo un auge por traer gente que se presentaba. ¿Qué gente se presentaba? En el Teatro Acón se presentaron, cuando yo era muchacho todavía: *Los Churumbeles* de España, Daniel Santos... Pero también se presentó una mujer que llenó el teatro: se llamaba Xiomara Alfaro. ¿Ustedes se acuerdan de esa canción que se llama *Siboney* cantada por ella? Esos eran famosos en todo el mundo. Así que había buenos espectáculos en Limón, cosa que no ha vuelto.



▲ Wálter Goebel Prestinary.

▼ En esa esquina, en Limón Centro, donde actualmente se ubica el bar y restaurante La Península, estaba el cine Moderno.



¹ Durante la Segunda Guerra Mundial, el navío San Pablo se encontraba atracado en el muelle de Limón y fue torpedeado —presuntamente— por un submarino alemán.

Otra anécdota de cine: nosotros vivíamos al frente de la capilla de la catedral, era una casa grande de madera y mi papá y mi mamá se fueron al cine Arrasty, en la noche. Nos dejaron a mi hermano y a mí con una muchacha, cuidándonos según ellos, y nosotros, que éramos terribles, empezamos a vacilar y la muchacha ya no sabía qué hacer porque era jovencita, tendría como quince años. Al final: “¡Vamos a jugar de vaqueros, como en las películas del matiné!”. Y con una soga amarramos a la muchacha en el refrigerador. Ahí la dejamos. Y, entonces, nos salimos, porque en ese entonces ni llavines había, las puertas eran abiertas y nos fuimos, en pijamas, mi hermano y yo al cine. Cuando llaman a mi papá y a mi mamá, que nosotros estábamos afuera esperándolos, en pijamas, sentados ahí...

Porque también había las películas de noche que eran a partir de las siete de la noche. En la entrada del cine había gente vendiendo comida. Por ejemplo, vendían “bofe con yuca”, vendían pescado —eran “palometas” (pescado pequeño que se comía tostadito) que vendían con yuca también— y así una serie de comidas de origen negro: panes, *candies*... y el maní. Usted entraba al cine y aparecía, después del cine, el piso lleno de cáscaras de maní. Una bolsa valía 10 centavos y la entrada costaba 25 centavos en ese entonces.

Había una persona que nunca se me olvida, que se llama o se llamaba Paco, que andaba descalzo. Él se dedicaba a pintar los carteles y los ponía en cada esquina, donde anunciaba la película de la tarde. Eran cartelones de papel periódico pintados con ocre o con pintura, claro que cuando llovía mucho se desteñía todo, pero ahí estaba el rótulo en las esquinas y nadie los quitaba, nadie los robaba y todo el mundo lo veía como una manera de anunciar, de comunicación.



► ...aquí en Limón existía una tertulia y era una tertulia que hacíamos todos los días en las esquinas de las calles.



▲ Aquí se encontraba el cine Arrasty.

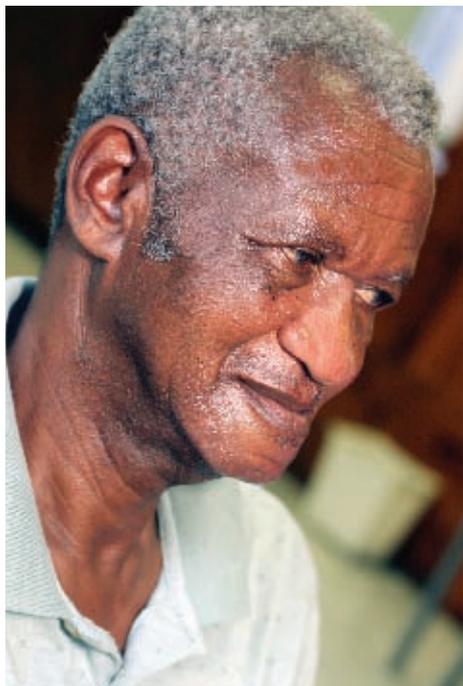
Otro personaje de entonces era un señor que todavía anda ahí a quien le decíamos *Pardavé*, porque se parecía mucho al *Pardavé* de las películas mexicanas; estaba un señor Zúñiga que era el que recogía los tiquetes y también Beto Valverde, quien después trabajó en el hospital Tony Facio. Ya murió, era el que manejaba los proyectores de cine, principalmente en el Acón.

Lo que pasa es que, en ese entonces, no había televisión como hay ahora, entonces ir al matiné era como un ritual de comunidad, de verse con los amigos, de volver a ver a los amigos, de encontrarse con los amigos. Era una reunión comunal.

Y le voy a decir que aquí en Limón existía una tertulia y era una tertulia que hacíamos todos los días en las esquinas de las calles. Nos reuníamos un grupo de gente, de amigos, y hablábamos de deporte, de política... Ahora ya no hablamos de nada, es decir, no hay comunicación entre los seres humanos. Ahí toda la gente llegaba, los jóvenes, y hablábamos de todas las situaciones de Limón. Ahora desconfiamos unos de otros muchas veces...

Mr. Vincent Parks Tibet, educador. Nació en Cieneguita, Limón, el 20 de noviembre de 1939.

Este matiné también tenía una parte muy social. Podríamos llamarlo el bien común. Nosotros éramos cinco, entonces los que íbamos eran los varones, las niñas no iban. Pero no teníamos la plata todas las semanas, había que empezar desde el lunes a buscar la plata para poder ir al matiné el domingo. Y no todo el tiempo podíamos reunir esa plata para los tres. Yo también soy de Cieneguita. Había unos señores que trabajaban en "el rastro" (matadero de ganado), uno era Clifford Burke (conocido como *Kans*) y al otro le decían *Tobaco* (don José Gallimore), y esos señores tenían la gentileza de esperar afuera a ver cuál niño no tenía su entrada para regalarle una entrada. Y lo hacían casi todos los domingos. *Tobaco* no tenía hijos, entonces eso era para



▲ Mr. Vincent Parks Tibet.

él como un deleite. Y si llegábamos tarde, el señor que cobraba, Mr. Tim, vigilaba cuando no estaba viendo el dueño y, entonces, nos decía: “Pasen, pasen, pasen, pasen”.

Entonces, esto no era solamente una cosa comercial, sino una cosa de bienestar comunal, porque los niños aprovechábamos eso y con ese respeto, ya que el señor nos daba los tiquetes y nunca hubo ningún problema. Después nos íbamos al estadio de béisbol, a pararnos otra vez para que nos dieran la cortesía...

Pero esto nos enseñó a trabajar, porque yo iba al muelle a recoger los racimos de banano que no se llevaban los barcos para venderlos en el mercado a *Lalá*, que tenía un tramo de frutas en el mercado. ¿Qué es lo que me daban por un racimo de banano? Un colón. Entonces, había que hacer varios viajes para conseguir 10 colones.

Si uno iba al cine en la noche se arriesgaba a ir a parar al cuartel, porque el policía se paraba ahí y no le pedía la cédula a uno pero más o menos le calculaba la edad. Si usted no pasaba la vista del policía lo metían en lo que llamaban “la jaula” —“la julia”— y uno iba para allá. Era un riesgo ir en la noche al cine...

Entonces, el *matiné* cumplió ese papel aquí en la provincia de Limón. Era una cosa como ritual, aunque hubiera un muerto o algo uno separaba ese espacio para el *matiné* y después todo lo demás.

Ricardo Bustos Reyes, pensionado de JAPDEVA. Nació en San Juan del Norte, Nicaragua, el 7 de febrero de 1932. Vive en Limón desde 1946.

El *matiné* le quitaba a uno todo el tiempo como para ir a cosas malas, como que el *matiné* era una cosa de disciplina, había que ir al *matiné*. Ahí uno se encontraba con la noviecilla que, en esos tiempos solo al *matiné* se podía ir con la novia. Ya en la noche no se podía ir con la novia porque no le daban permiso.

Los domingos nosotros nos íbamos primero en la mañana a jugar béisbol ¿se acuerdan?, teníamos equipo de béisbol allá en Los Baños. Allá había una plaza en Los Baños, jugábamos ahí.

El *Happy Landing* era como una cosa religiosa; eso era lo mejor que había. Después había en el mercado otra refresquería, la refresquería López, donde vendían un famoso fresco al que le decían “panameño”; un fresco de leche con papaya, era espeso, usted le ponía en el puro centro la pajilla y ahí se quedaba.

Antes de que existieran los helados modernos había un señor que se llamaba Caballero, andaba con un carretillo. Era buen helado, no era tan comercial pero un buen helado, y se ponía allá en la esquina del ferrocarril. Cuando andaba helados de guanábana gritaba: “¡Soursap! ¡Soursap!” Entonces lo echaba en una copita, con una galleta...

Había un chino que vendía maní con sal, le decían *Long Foot (Pata larga)*. Vendía el maní con sal pero tenía cáscara el maní.

Aquí en el Arrasty había un señor que recogía los tiquetes, que se peleaba con los muchachos porque a veces alguno se le colaba. Era muy bravo... Mr. Tim. Trabajó en la zapatería Ingianna, trabajaba con ellos porque eran los mismos dueños del Arrasty...

Después en el teatro Acón, en ese tiempo, se organizaba boxeo. Todavía existe aquel boxeador que fue campeón invicto, Percy Garnett, que tiene noventa y resto de años. Estaba otro que era Kennedy Clarke; estaba uno que andaba con un caballo, Frankie Fray... Estaba Ad Campbell... También había lucha libre en los teatros...

Venían muchas compañías cubanas, vinieron aquellas *Piel Canela*, unas mulatas bien hermosas que bailaban rumberas.

El teatro Arrasty tenía dos plantas, abajo le llamaban luneta, que se suponía que iba la gente más seria, y arriba era galería.

Entre las películas que nosotros veíamos, musicales, estaba aquel famoso Louis Armstrong, que yo creo que es el trompetista que nadie lo ha superado. Después, en ese tiempo, estaban las películas de *Cantinflas*, las películas de Tintán... Resortes, también, que era un gran bailarín.

Y esos tiempos, la verdad, eran tiempos felices... sanos...

Elizabeth Madrigal Solano, conocida como Bety Ching. Nació el 29 de junio de 1942.

Las jovencitas salíamos al matiné para lucir esas galas: zapatos blancos, vestidos de tafetán con su lazo grande atrás, entre las trenzas unos lazos grandes... En el matiné se daban los encuentros con los novios. Había muchachos fogozos que se iban a la parte de arriba, la galera, y de ahí nos tiraban cáscaras de maní. Fogocidades...

Era muy lindo en esos tiempos y las calles eran muy limpias. En el parque se podía sentar en las bancas sin miedo de ensuciarse.

Sí es cierto que había droga, que era la marihuana, pero eran solo los mayores, y quienes fumaban lo hacían de una manera escondida y Dios guarde un menor los volviera a ver, Dios guarde. No es como ahora. Yo soy de Cieneguita y era una lucecita lo que se veía cuando estaban fumando, pero ellos se ocultaban de uno, no eran agresivos. Cieneguita ha tenido tan mala fama... Cuando yo iba al mercado, yo dejaba mi casa abierta. Las ventanas eran con cedazo, eran de madera, de cerrar con madera y uno dormía con la ventana abierta por el calor y con el cedazo por los zancudos. Las puertas eran de cedazo también. Y uno se iba y las dejaba así. No había peligro. No como ahora que ni siquiera a la pulpería puede ir uno...

Yo les cuento a mis nietos, no me importa que me digan vieja, me siento feliz, porque esos tiempos esta pobre juventud ya no los puede vivir.

Íbamos al parque a sentarnos o a la "rueda del amor". En el parque había una rueda de cemento, una fuente era, y ahí todas las parejas se sentaban también. Había un mono de piedra con un plato y cuando estaba la fiebre amarilla lo pintaron de amarillo. Eran tiempos muy lindos, tiempos muy hermosos que añoramos...



▲ Ricardo Bustos Reyes.



▲ Elizabeth Madrigal Solano.

Miguel Agamez Mena, nació en 1962 y trabajó desde muy joven en el cine Hong Kong.

Yo vine ya en la época de la película con color.

Yo era uno de esos chiquillos traviosos, que la mentalidad la teníamos muy viva. Éramos varios, mis hermanos y yo. Nos quedábamos a la par de las "bicis" y venían los dueños y les decíamos nosotros:

"¡Señor, señor, nosotros les estábamos cuidando la bici!". Los señores nos regalaban plata y era mentira, nosotros nada más calculábamos el tiempo.

Se hablaba mucho de los famosos luchadores: *El Santo*, *Blue Demon*, *Mil Máscaras*... Después de *El Santo* y *Blue Demon* empezaron a salir un montón de luchadores.

Cuando llegaban las películas de *El Santo* los chiquitos se sentaban y las sillas tenían una latita al lado, y cuando empezaban esas emociones de las luchas empezaban a sonar las sillas. Era tanta emoción. Y así se vivía eso.

Yo trabajaba en ese tiempo en el cine Hong Kong y se daban tandas de 1:30 y de 3:30 de la tarde y luego, en la noche, se daban tandas de siete y nueve de la noche.

A mí me tocaba el trabajo de estar cuidando a los chiquitos en la fila para que no se "colaran". Era una gran cantidad de niños, sobre todo me acuerdo una vez para la película mexicana de *La mochila azul*, que fue totalmente llenazo, varios días.

Después de las películas mexicanas, vinieron las películas "americanas"...



Margaret Simpson Chambers, Directora de la Biblioteca Pública de Limón
"Mayor Thomas B. Lynch".

A veces nos levantábamos sin ganas de ir a la escuela dominical:

—¿No va a ir a la iglesia?

—No.

—Okay.

Y cuando era la una de la tarde y usted estaba preparándose según usted para ir al matiné:

—Usted no pudo ir a la escuela dominical, no puede ir al matiné...

El requisito era que usted fuera a la iglesia. Aunque no hubiera plata para ir al matiné usted tenía que ir a la iglesia y cuando había plata iba a las dos. Y no podía ir con la ropa de la iglesia al matiné.

Cuando se estrenó *Grease (Brillantina)* era una loquera. Y era solo en la función de las siete de la noche, de siete a nueve. Había que rogar, pedir, hacer de todo para que nos dejaran ir una noche a verla.

Si uno llegaba un poquito tarde al cine, entonces le daban permiso de sentarse tranquila y esperar a que comenzara de nuevo la película de la siguiente tanda, que era a las 3:30, para ver el principio que uno se había perdido por llegar tarde.

El "manicero" de mi época era Angling, el abuelo del finado Warny Wilson. Angling era el que estaba ahí con su canasta todas las tardes con el maní. Comíamos *pudding* de yuca con *molasses* encima, que es como un

► Margaret Simpson Chambers.



caramelo; había una señora que llevaba *pudding*; había *patti*, imperaba la comida caribeña más que nada.

El restaurante favorito cuando uno iba al King's —en ese entonces se llamaba King's el cine— era la soda La Península. Claro, era carísimo, porque vendían repostería fina, unas tajadas de queque... Valía 2 colones con 50 céntimos cada tajada de queque. Eso era carísimo.

Nosotros salíamos del King's e íbamos hasta el parquecito, cuando íbamos a primera tanda, que era a la una y salía a las tres. Entonces, se iba al parquecito Asís Esna, en medio de los barrios Bohío, Cariari y Santa Eduvigis, a rasgarse los calzones en la parte que era para resbalar. Cuando usted llegaba, todos los vuelitos del calzón estaban por otro lado. Eso era con los chicos del barrio, era un grupo del barrio.

Esa es la parte que le falta a nuestra juventud, ellos no tienen eso, ahora todo es tan mecánico, tan tecnológico y cada quien con su cosa en su casa, ni siquiera se ponen de acuerdo para ver todos un mismo DVD, no se unen, no hay esa parte, la parte colectiva fue la que desapareció con todo esto.

Ahí está el Hong Kong todavía. El Acón ahora es una tienda con departamentos. Está el Arrasty que es un supermercado en estos momentos, fue muchas cosas antes: tienda de ropa americana... un montón de cosas. Ahora es un súper: Cascada de Oro 2. Y el cine King's, que después pasó a ser el Cinema Atlanti y ahora se convirtió en un "Tabernáculo del Poder", que es una iglesia. El único que sigue funcionando contra viento y marea, con el apoyo de la comunidad y de la biblioteca, es el Hong Kong. Todavía pasan películas, la sala es aprovechada para graduaciones, las escuelas lo utilizan, las iglesias lo utilizan...

Este se rehúsa a morir: es una batalla grande la que libra, pero ahí está. Cuando hay películas de renombre, Tatai —el propietario— manda los papeletos y nosotros los ponemos en nuestra pizarra mural.

Guadalupe Hernández Chacón, mi mamá, nació en Limón Centro, en 1943, en el patio Goyenaga. Vivió en Limón hasta sus 13 años.

La primera vez que me llevaron al cine fue al teatro Arrasty. No se llamaba cine sino que se decía "teatro", "ir al teatro". Había dos: teatro Arrasty y teatro Acón. Yo podía tener unos cinco años tal vez, unos cinco o seis años. Yo no sabía nada, para dónde iba ni nada. Yo solo me acuerdo de que mi mamá me alistó y ella se alistó y estábamos esperando a que llegara papá, para ir al teatro. Mi papá se atrasó, cuando él llegó ya era un poco tarde para la película y mi mamá estaba brava, porque él no llegó temprano, y, entonces, ella dijo que ya no iba. Entonces mi papá me llevó. Me acuerdo de que llegamos al cine y que mientras él compraba las entradas yo veía los cartelones. Pero como ya había empezado la película, era tarde, lo que había era un gran telón rojo, en la entrada. Cuando corrieron la cortina para que entráramos, lo que veo yo en la pantalla es a *King Kong*, el gorila, dándose contra el pecho y pelando los dientes. Me agarré de la cortina y empecé a pegar gritos. ¡De ahí no pasé! Y, entonces, tuvimos que devolvemos, no quise entrar. Lo único que pude ver fue eso. Y después yo no pasaba por ahí "porque ahí estaba el gorila". Me daba horror pasar por ahí...

Ya no me acuerdo de cuál fue la segunda vez que fui al cine. Pero la primera fue un trauma...

Mi graduación de sexto grado fue en el teatro Acón. En Limón había dos escuelas: la escuela de varones y la escuela de niñas. La de varones era la Tomás Guardia y la Juan Rafael Mora era la de niñas, y los actos de graduación se hacían en cualquiera de los dos teatros, en el Arrasty o en el Acón. En el caso mío, fue en el Acón. Lo que pasa es que yo era muy lacia, de pelo lacio, y, casualmente, el mismo día de la graduación, en la mañana, mi mamá me mandó donde doña Juanita Coblentz, para que me rizara el pelo y a mí no me gustaba. Yo no quería ir a la graduación porque me veía en el espejo y solo llorar y llorar y llorar. Y así tuve que ir a la graduación. La maestra era doña Elbe Cadet, una señora italiana. Y el que sacó la foto fue Hugo Araya, él era el fotógrafo en Limón en esa época, era un muchachillo...

La vez que conocí a mi abuelo, Lolo Andrés, en un carnaval de Limón

Hay un recuerdo de infancia que me gustaría compartir, tiene que ver con el tema del matiné.

Como mi mamá nació en Limón y teníamos familia allá, pasamos muchas Semanas Santas, fines de año, vacaciones de quince días, de tres meses y carnavales, en la ciudad de Limón.

Viajábamos en el tren que salía a medio día de San José y llegaba como a las seis de la tarde a la estación de Limón. Lo que más me emocionaba del recorrido era ver aparecer por la ventana del tren las casitas "con patas" y a sus moradores saludando. De un lado, las *palafito* y, del otro, el mar.

► Mi mamá con el pelo rizado en el día de su graduación en el "teatro" Acón.



¡Qué felicidad! Y me impresionaba mucho el cementerio a la entrada de la ciudad, porque tenía montañitas; las lápidas estaban repartidas sobre pequeñas colinas. Cuando llegábamos a la estación era casi de noche y buscábamos a mi tío Beto entre el tumulto de viajeros con el silbido característico de la familia. Silbando nos íbamos orientando hasta encontrarnos.

Una vez, en época de carnaval, mi mamá nos llevó a ver a mi abuelo Lolo. Yo podría tener unos siete años. Para mí, mi abuelo era como una leyenda, nunca lo veíamos porque se había separado de mi abuela y estaba casado con otra señora. Mi mamá nos hablaba mucho de los buenos tiempos cuando vivían juntos en Limón; eran historias de campamentos en el río Moín, cacería, pesca y grandes banquetes... Mi abuela había amado a mi abuelo y añoraba aquellas épocas. *Ya no estás más a mi lado corazón...*

Pero, bueno, estábamos con mi mamá viendo pasar las comparsas y las carrozas del carnaval, cuando mami reconoció a mi abuelo entre la gente. Y, entonces, mis hermanos y yo vimos aparecer a una mujer negra y enorme con un canasto. Ese era mi abuelo, disfrazado de vendedora de maní. Se había embadurnado la cara y los brazos con una pasta especial y llevaba una peluca rizada y un vestido con delantal, como las señoras que se apostaban a la entrada de los cines para vender las bolsitas con maní con cáscara, que era lo que la gente comía mientras veía la película. Mi mamá le amarró el cordón de un zapato que se le había soltado y él se despidió y desapareció entre las comparsas.

Después supimos que mi abuelo ganaría, una vez más, el premio al mejor disfraz del carnaval. Y a mí me quedaría grabada esa imagen suya para siempre...



← El tajamar...



▲ Mi abuelo Lolo...

Relatos recogidos y transcritos por Gabriela Hernández.

Fotografías de Roxana Nagyeller.

Realizado con el apoyo de:

- *Programa de Becas Taller para el Desarrollo de Proyectos Artístico-Culturales 2005, Dirección General de Cultura del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.*
- *Centro Cultural de España - Costa Rica.*

Volver al índice.